

La fuerza de los sentimientos

Manuel Grosso Galván

Agradezco, en primer lugar, a la Junta de Gobierno de esta Hermandad de Santa Marta, la posibilidad que me ha brindado, de dirigirme a ustedes con la intención de exponerles, lo más sencillamente posible, cual es mi visión actual de la Semana Santa de Sevilla. Concretamente, se me pidió que desgranara cuáles son mis inquietudes actuales y que expresara mis convicciones más íntimas al respecto. No se si lo conseguiré, pero al menos lo he intentado de una forma lo más personal posible. Los sentimientos encontrados que me produce el binomio que nos ocupa Semana Santa-ciudad necesitan quizás de alguna aclaración previa.

De un lado está el espacio donde se desarrollan todos estos sentimientos y de otro los sentimientos en sí mismos. Ambos parámetros están interconectados de una forma inevitable y además todo ello se produce en un marco estrictamente personal, que ha ido variando con el paso del tiempo. Sería inútil por mi parte el ocultarles mi progresiva desilusión sobre todo lo que se desarrolla en esta ciudad, o más concretamente en la forma en cómo se desarrollan los acontecimientos. Tampoco les oculto que no estoy del todo seguro que este sea el marco idóneo para reflexionar sobre cual sea mi postura sobre la situación actual del mundo cofrade y ni tan siquiera que esta divagación tenga algún interés más allá del puramente individual, pero me van a permitir el intentarlo. Nunca he dado un pregón y jamás llegaré a hacerlo, tampoco he dado una conferencia sobre el tema en ninguna cofradía y si lo hago hoy es por la amable insistencia de algunas personas que hoy nos acompañan y sobre todo porque esta Hermandad representa para mí en estos momentos una forma muy cercana al modo a como yo siento y vivo la Semana Santa al día de hoy, de una forma interiorizada alejada de falsas ampulidades y exornos innecesarios. Espero me comprendan y que de alguna manera compartan conmigo aquello que deseo transmitir.

No existen las ciudades, existen los sentimientos de las personas que la habitan, que de una forma colectiva e inexplicable crean un entorno que termina por influir en el espacio como en el que desarrollan sus vidas, o a lo mejor es totalmente al contrario, es el espacio urbano el que termina creando una ficción colectiva que llamamos ciudad. En cualquier caso las palabras de Terence Davies, director de cine británico: *"Odio los espacios que amo, y amo los espacios que odio"*, expresan con meridiana claridad esa relación amor-odio que a todos nos embarga cuando nos referimos a algo que realmente nos interesa, a algo que es esencial en nuestro acontecer diario.

En mi caso particular puedo afirmar sin pudor alguno que he terminado por casi renegar de esta ciudad, que por otro lado ha sido el eje de mi vida hasta este momento. De un lado la herencia más preciada que he recibido de mis padres seguramente haya sido esa pasión con que siempre me relaciono con todo lo referente a Sevilla, desde el lugar donde me bautizaron, a los pies del

Gran Poder, hasta el hecho que más me ha marcado, que ha sido sin duda el que me hicieran hermano del Señor y de la Hiniesta con apenas meses de edad. En el otro lado de la balanza está, que este privilegio ha terminado por obsesionarme, hasta el punto que siempre en mi cabeza ha prevalecido esa preocupación por la urbe, más que mi propia existencia como ciudadano.

Ahora a mis cincuenta y cinco años de edad me doy cuenta de mi craso error y de la imperiosa necesidad que tengo de acabar de una vez por todas con esa enfermiza relación. Está claro que la ciudad que yo soñaba no ha conseguido materializarse, sino que a la inversa ha cogido un camino, yo creo sin retorno, hacia un espacio que poco a poco va perdiendo sus señas de identidad y que se encuentra obsesionada con una falsa modernidad que acabará por hundirla, curiosamente, en el más total de los provincianismos posible. No me gustaría que esta apreciación particular se entendiera de una forma dramática o absolutamente negativa sino tan solo como una realidad puramente personal.

Se preguntarán qué tiene que ver todo esto con la Semana Santa y con la fuerza de los sentimientos. Es muy sencillo, al día de hoy, lo único que me mantiene unido a ese espacio que llaman Sevilla son precisamente los sentimientos, cada vez más fuertes que me provocan su Semana Mayor. Son los recuerdos los que me temo terminarán anclándome para siempre aquí, a pesar de reconocer que en nada me favorecen. Han sido demasiados años al servicio de esta extraña embriaguez por algo que en el fondo solo existe en mi interior. La Sevilla por la que he luchado, una Sevilla en la que fuera posible unir la modernidad y la memoria colectiva, es una ficción que ya hoy sé imposible, queda lo que queda, cenizas de recuerdos que solo a mi me importan.

La única solución viable, desde lo personal, es iniciar progresivamente un viaje hacia lo interior y procurar de alguna manera disfrutar de los restos de un naufragio, que para muchos no sólo no son evidentes, sino que al contrario son del todo deseables. Hay en definitiva dos maneras, solo en parte antagónicas de sentir la Semana Santa, una más volcada hacia el exterior y otra más interiorizada. Hoy más que nunca entiendo a Rafael Montesinos y a todos aquellos que decidieron vivir de puertas adentro mejor que intentar influir de puertas a fuera. Sé que para muchos esta salida es tildada como retrógrada o más abiertamente como reaccionaria, pero a estas alturas de la película me importan bien poco estas opiniones, que por cierto guardan en su interior no pocos intereses como mínimo nada claros y que en el fondo nada tienen que ver con la esencia real de la Semana Santa.

Dice el escritor turco Orhan Pamuck *"Hay dos maneras de ver las ciudades. Las construcciones, los monumentos, las calles y los paisajes que cualquier turista o extraño recién llegado a la ciudad pueden ver forman el aspecto exterior de la ciudad. Pero las ciudades tienen también un aspecto interior compuesto por recuerdos especiales, olores, luces y colores, creados por los cuartos en los que dormimos, las aulas en las que nos imparten clases, los pasillos y los cines. El verdadero espíritu de la ciudad, lo que todo el mundo guarda en su memoria, mucho más que las aparentes similitudes entre barrios por su apariencia externa, es este aspecto interno, y eso es lo que más se llevan los derribos. Me voy acostumbrando a ese espectáculo que al principio me dolía en el alma. El olvido de las ciudades también lo provocan los derribos.*

Primero olvidamos un recuerdo, pero al menos sabemos que lo hemos olvidado y ya la propia ciudad no nos recuerda nada. Esos derribos que nos provocan tanto dolor o que provocan la perdida de la memoria se convierten, al final, en lugares en los que para otros comienzan sus sueños". En esta ciudad es precisamente la Semana Santa, o mejor seria decir algunas de sus semanas santas, lo único que mantiene vivo el recuerdo que en su día provocaron las sensaciones que nos hicieron pensar, equivocadamente, que vivíamos en un mundo ideal.

Para mí, la auténtica Semana Santa, son sentimientos de toda una vida, recuerdos acumulados en sus calles, el deslumbrante descubrimiento de un mundo que apenas intuía. Pero no nos equivoquemos, es precisamente en su temporalidad en donde radica su fuerza, cada época impone sus propias leyes. De aquella Semana Santa que empecé a vivir allá por los años 60 con cierta intensidad, apenas si quedan rastros, todo ha cambiado y nosotros más aún. Del eco de aquellos lejanos días no queda huella alguna. De aquella necesidad casi física de retenerlo todo, de buscar lo inalcanzable, de aquella ansia por descubrir las calles más recónditas para llegar con mayor celeridad al punto deseado, solo permanece el recuerdo y la satisfacción de creer tener, estúpido de mí, una ciudad a mis pies. De aquellas vueltas a casa a altas horas de la madrugada en una ciudad tan silenciosa como muerta, cansado pero feliz, quedan los rescoldos de amores de juventud, de niños jugando en los palcos y dentro del propio Ayuntamiento, queda la certeza de una Sevilla que ha desaparecido, como lo hicieron sus cines del centro o el encanto provinciano de una ciudad, que soñaba una vez más con ser la gran urbe que jamás volvería a ser.

Era una ciudad que soñaba con el futuro, con un devenir que cambiara algunas de sus carencias más evidentes, una ciudad monolítica en sus presupuestos reales pero poliédrica en sus aspiraciones, y en la actualidad me encuentro con una Sevilla dividida en dos concepciones absolutamente divergentes. Y lo que es peor, una Sevilla que a toda costa quiere olvidar de dónde viene y consecuentemente ignora en realidad a dónde va. En la ciudad de hoy, tan solo la Semana Santa parece que reconoce su pasado aunque sus objetivos se pierdan, para mí, en un mar de sargazos.

Ahora disfruto con una Semana Santa mucho más sosegada, más reflexiva, más interiorizada, más solitaria. Poco a poco se han ido diluyendo todas aquellas personas que me acompañaban en mi personal aventura, aunque eso sí las presiento con instinto animal en los más variados lugares y circunstancias. En aquella esquina solía estar este o aquel amigo, en aquella otra parábamos siempre a descansar y a tomar algo. Qué hermosa inocencia se escondía en aquel apartado barrio de la ciudad cuando llevaba a mi hija de la mano para que ella fuera poco a poco elaborando su propia memoria, y de un modo paralelo, mi memoria relacionada con ella. En aquellos tiempos tenía la ilusión de hacer mía la realidad, hoy sí, desgraciadamente, que lo que en verdad ocurría, era que me alejaba más y más de esa Sevilla que seguía inmisericorde un ritmo distinto al mío.

Hoy ya no conozco esta ciudad. Para empezar ya no es una ciudad propiamente hablando, sino un área metropolitana de la que en realidad nadie sabe a ciencia cierta cuales son sus esencias y sueños ¿Quién puede a fecha de

hoy saber qué ocurre en el interior de los barrios o de las pequeñas ciudades dormitorio que nos rodean? Hay una pérdida evidente de identidad de sus pobladores, sobre todo en los más jóvenes, que desorientados viven dos mundos antagónicos y que desconocen con cuál quedarse. ¿Qué significado tiene para estas nuevas generaciones la Semana Santa, si tiene alguno? ¿Qué les motiva a participar en ella si es que les motiva algo más que seguir una costumbre familiar en muchos de los casos, o una moda pasajera que dura un tiempo limitado en sus vidas? ¿Cómo la vivirán dentro de unas décadas interiormente? Desconozco las respuestas pero me las puedo imaginar desgraciadamente. Sin darnos cuenta hemos sustituido nuestros íconos más íntimos por un *merchandising* sin fin donde lo externo priva sobre lo interno, donde las apariencias valen más que las esencias vivenciales.

La presente conferencia lleva por título "*La fuerza de los sentimientos*" que no es sino el título de una película de Alexander Kluge, que relata las peripecias de una mujer que intenta recuperar las esencias de su persona a través de catas arqueológicas en su ciudad. Solo si conoce el pasado de su espacio vital podría conocerse a sí misma. Visto desde esta perspectiva la Semana Santa ha sido, y aun es la crónica exacta de mis sentimientos, de mis vaivenes personales, de mi encuentro con sus calles y sus gentes. Calles y gentes a las que ignoraba durante el resto del año y que sin embargo persisten en mi subconsciente aun en el día de hoy, hasta el punto de hacerme partícipe de todo un universo mágico que ha condicionado y no poco mi propia existencia. Es el sustrato más puro de mi ciudad, y de mí mismo en relación con ella.

Devociones, a veces ocultas, otras manifestadas públicamente, que creía compartir con un imaginario público y que desafortunadamente en nada era real. Este es mi verdadero drama personal. Me inventé una Semana Santa para mí sólo, que ingenuamente creía compartir y que desgraciadamente solamente yo puedo disfrutarla en toda su dimensión, ya que es absolutamente personal e intransferible. Porque en definitiva, al final, he comprendido que uno de los mayores logros de Sevilla ha sido el saber crear un espacio colectivo que responde al dictado de los deseos individuales de todos aquellos que lo contemplamos.

Hoy me quedo sólo con lo más esencial, con la ausencia de todo aquello que he vivido y que jamás volverá. Ausencia en el más literal sentido de la palabra, tanto física como espiritualmente. Soy consciente que la Semana Santa es la celebración de las ausencias por antonomasia en esta ciudad y más concretamente de la ausencia de nuestros seres más queridos. Nunca, en ningún otro momento del año, los sevillanos tienen más presente sus ausencias más particulares, que durante este rito aparentemente gozoso y extrovertido. Solo se llega a conocer en realidad el intrincado mundo de la Semana Santa cuando se acepta en su plenitud que los ausentes son los verdaderos protagonistas y no nosotros mismos o la celebración gloriosa del barroquismo que la rodea.

Todos los que nos precedieron en esta enigmática celebración vuelven a estar con nosotros, yo diría que incluso físicamente, durante estos días. Familiares, amigos, conocidos, visitantes eventuales, gestos, caricias, fortuitos desencuentros, recobran de pronto una corporalidad totalmente sentida que no presentida. Afortunadamente esta presencia de los que ya no nos acompañan es

algo que tienen muy presentes todas nuestras hermandades. Basta con leer sus boletines o con observar la delantera del paso de la Virgen del Valle con el nombre de cada uno de los fallecidos en ese año, primorosamente dibujados en sus velas, para darse cuenta de lo que digo.

No es solo un detalle, es un deber emocional, que cada cofradía asume a su manera. Es la forma más directa de expresar lo evidente; que todos están presentes, no solo en el recuerdo, sino en nuestras vidas. Las calles se convierten de repente en otras calles, en mundos imaginarios donde la realidad solo ocupa una pequeña parte. Es el encuentro con nuestro ser más interiorizado que no es sino la suma de todas nuestras vidas. Es esa Semana Santa interiorizada, en la que cada vez nos molesta más lo externo, la que en realidad nos conduce a nuestro yo más profundo, aunque comprendamos que todo lo que le rodea sea necesario para acceder a ese tramo final del auténtico conocimiento de cual es nuestro papel en esta ciudad.

De la Semana Santa como celebración de la vida, he pasado a una Semana Santa que es la celebración gozosa de aquellos que ya no nos acompañan, de un tiempo pasado pero no perdido. Pocas ciudades del mundo pueden ofrecer esta riqueza sentimental de una forma más natural e interiorizada que la nuestra. Reconstruimos nuestro pasado en cada Semana Santa desafiando a la par nuestro presente y construyendo nuestro futuro. Convertimos el espectáculo barroco incomparable de nuestras cofradías en un monumento a nuestra memoria más personalizada, algo especialmente complejo y enriquecedor.

Si observamos las viejas fotos de color sepia de nuestra Semana Santa, comprendemos de golpe, que en lo esencial todo permanece intacto, que solo ha cambiado el exorno que le rodea. De estas imágenes no me interesa si tal o cual palio ha cambiado, o si la colocación de la candelaria es diferente a la actual, me interesa conocer qué es lo que tanto me une a ellas. Cada año que pasa me parece más similar el sentimiento que experimento al verlas, al que siento cuando las contemplo en la calle o en sus templos al día de hoy, aún sabiendo que sus diferencias son más que evidentes. ¿Qué nexo de unión hay entre un tiempo que no conozco y el que hoy vivo? La respuesta a lo mejor es tan sencilla como que de alguna manera esa es también mi Semana Santa, porque en algún tiempo anterior perteneció a personas que como yo buscaban ese algo más que encierra el culto a unas imágenes, que superando el ámbito de la veneración pública se convirtieron en parte esencial de nuestro interior. Curiosamente esta sensación también la poseen aquellos que se acercan por vez primera a nuestra Semana Santa, de una forma sensible e inteligente, aunque no hayan tenido contacto con ella en su pasado. Aquí no estaría de más repetir, la frase que el maestro Antonioni dijo al ver la Macarena: *"Qué suerte tenéis los sevillanos al poder ver diariamente aquello que yo siempre he buscado: la esperanza"*. En efecto lo más importante no es la belleza de la imagen, sino los sentimientos que transmite, el mundo que nos hace revivir con tan solo acudir a verla.

En esa temporalidad de los sentimientos más profundos tiene especial relevancia el papel jugado por las Hermandades a través de la historia, como auténticos guardianes de las esencias y devociones más íntimas, yo diría aún más, de nuestra memoria colectiva, que es la que nos hace ser lo que somos. Por

lo que sería injusto relegar al papel de estas a la de meros organizadores de un bello y a la par artificial espectáculo que estaría vacío sin su componente básica religiosa o si lo prefieren espiritual. Es tal el grado de responsabilidad adquirida por las Hermandades en este entramado sentimental de la ciudad, que siempre han sabido adaptarse y dar respuestas según los tiempos y los espacios. Solo así se entiende la necesidad de crear nuevas cofradías o de recuperar algunas caídas en el olvido.

Sirva de ejemplo esta de Santa Marta, donde se ha recogido con especial sensibilidad el legado de siglos, para que sin cambiar el espíritu se haya cambiado la letra. Nadie podría en un primer momento decir que esta Hermandad es fruto de tan solo unos años, si la comparamos con otras de siglos de existencia, nadie lo diría porque en su esencia mantiene el sentido auténtico de la más auténtica de las Semanas Santas posibles, la que nace de su riqueza interior, de la reflexión, de la devoción privada convertida en acto de fe pública, manifestada en cada una de sus estaciones de penitencia a la Catedral Hispalense. Aquí desaparece la dicotomía entre lo antiguo y lo nuevo, entre lo externo y lo interno, entre lo auténtico y lo falso, aquí solo reina el imperio de los sentimientos más esenciales y más concretamente el sentimiento de que la muerte es solo un instante que precedería a la resurrección final, que curiosamente en nuestras vidas ocurre cada primavera con exactitud meridiana.

Junto a esta hermosa realidad sería imperdonable olvidar los peligros que acechan a una banalización de la Semana Santa que están ahí para quienes quieran verlo.

De las cofradías como vehículo perfecto para reconducir nuestros sentimientos más íntimos, a las procesiones, como algo externo, como mero espectáculo hay solo un paso, una delgada y finísima línea que desgraciadamente se suele traspasar cada vez más. ¿A qué responde en realidad ese aumento, en parte contenido por la oficialidad competente, de cofradías desde los lugares más diversos? Sin duda alguna, en muchos casos se trata tan solo de un loable intento de crear unas asociaciones de carácter religioso allí donde no las hay. Pero de otro lado parecen incidir en carencias asociativas que den cauce a una legitimación auténtica de los ciudadanos con su entorno, lo que en sí mismo es preocupante, ya que demuestra que la sociedad ha sido incapaz de crear los vínculos necesarios que unan a sus ciudadanos con los espacios que estos habitan, o los que existen no acaban de cumplir su cometido.

Desde el ángulo positivo demuestra una vez más que las hermandades y cofradías de Sevilla tienen una capacidad de aglutinar emociones de la que otras estructuras sociales carecen. No obstante me plantean dudas sobre su auténtica finalidad y, sobre todo, el peligro, que puede significar para ellas su posterior utilización con fines que nada tienen que ver con sus propios orígenes. A nadie se le oculta que tras ese aluvión de nuevas hermandades muchas veces se esconden no pocos depredadores que solo buscan una notoriedad civil de la que otro modo carecerían. De otro lado es fácil detectar el interés socio-político que se oculta entre bambalinas de nuevo cuño.

Si los barrios están desvertebrados y las únicas asociaciones que pueden atraer a un público desengañado, son las cofradías, es obvio que el estar

presentes en éstas, puede acarrear una presencia política nada desdeñable ¿Para cuando una separación real entre el mundo de la política y el mundo cofrade? Para cuando el suprimir el extraño espectáculo que proporcionan esos políticos en las presidencias de numerosas hermandades por los motivos más variopintos? ¿Cuándo se darán cuenta nuestros cofrades que la importancia de la presencia de tantos cargos oficiales no aportan nada a la verdadera esencia de nuestra Semana Santa? Laicos de día, capillitas de noche, feria de vanidades que atentan de forma directa a las esencias mismas de nuestras tradiciones más íntimas y que curiosamente es el llamado mundo cofrade los primeros en alentar.

Tras años de explosión del mundo exterior de las cofradías, parece que en el horizonte se anuncia un espíritu de contención, que ha brillado por su ausencia en las últimas décadas. Aun hoy basta cualquier motivo, por pequeño que este sea, para sacar una imagen a la calle, sabiéndose como se sabe que la respuesta de público va a ser segura. Carece de sentido alguno estas ansias de convertir la Semana Santa en una procesión sin fin, como tampoco tiene lógica alguna que la ciudad entera viva alrededor de un hecho puntual, que al dejar de ser excepcional se devalúa interiormente.

Una cosa son los cultos internos así como las devociones personales, que estas si dan verdadero sentido a la estación penitencial, llenándola de contenido, y otra muy diferente es esa ansia de falso populismo teñido del peor de los costumbrismos que nos invade. Desde la perspectiva de una Semana Santa de los sentimientos, todo estos comportamientos extemporáneos, no son sino una aberración bienintencionada que dan una imagen distorsionada de algo tan esencial para nuestra memoria colectiva como es la Semana Santa. Es un poco, y me van a perdonar la comparación, como si a algunas hermandades les hubiera dado por jugar a las muñecas cada vez que no saben lo que hacer. Tanta salida extraordinaria tiene difícil justificación, salvo que se haya dado un giro de 180 grados a la esencia de las mismas.

Ahora es todo como un juego de niños en el mes de mayo, y ni eso siquiera, porque a la contra, lo que era un sencillo juego infantil lo han convertido algunos en mini-cofradías de dudoso gusto, donde son los padres y no los pequeños quienes llevan la voz cantante. Qué diferencia con aquellos tiempos en los que unos cajones, unas telas mal cortadas y una simple cruz de madera daban escape a una ilusión por recordar lo que antes se había vivido. La cada vez más evidente participación de los adultos, han convertido el juego de algo que es muy serio, mucho más de lo que creemos, en una pantomima. Como calificar si no esas "Cruces de Mayo" con acólitos con librea y bandas de música incluidas. ¿Es que nadie se da cuenta que de esa forma se ridiculiza lo sagrado y se banaliza lo espiritual para convertirlo en una esperpéntica mueca de lo que constituye nuestro patrimonio más esencial?

Nada que ver todo esto con el mundo de las Hermandades de Gloria, o al menos de las más señeras, donde quizás se esconda hoy en día esa Semana Santa popular y cercana que algunos buscan, equivocadamente, en extraños lugares. Se han convertido por méritos propios en el refugio de lo auténtico, ante el virus de lo espectacular, que amenaza seriamente nuestra Semana Santa. ¿Hay algo más entrañable que una auténtica procesión de gloria por su barrio?

¿Hay algo más natural que esos niños acompañados de sus familiares por la calle de su feligresía? ¿Hay algo que ayude más a recuperar el verdadero sentido de una estación penitencial que estos ensayos de felicidad local, que se esconde tras cualquier cofradía de gloria? Cuando la Semana Santa se encuentra atacada de una gravísima esclerosis múltiple donde las apariencias mandan sobre otros valores, las Hermandades de Gloria son una corriente de aire fresco donde otros valores tienen su imperio.

En lo personal, reconozco, que cada vez disfruto más con ellas y que me permiten recuperar el ya olvidado ambiente de barrio, más allá de las celebraciones de la Semana Santa. Recorrer Triana o la Macarena, San Julián o la Alfalfa, en los días en que sus procesiones de gloria salen, es reencontrarse con la Sevilla más auténtica, es revisar un poco nuestra memoria física de unos espacios que vuelven a recobrar vida propia tras un año de una existencia compartida con el resto de la ciudad. Apacibles y relajantes, me hacen añorar una Sevilla perdida y que en la mayoría de los casos desconocía al completo. Es volver a los orígenes de una ciudad barroca en esencia que solo perdura en estos actos y en la paz de los interiores de los conventos de clausura que aún quedan en ella. Son las grandes olvidadas de ese gran proyecto de ciudad que se esconde en nuestra Semana Santa y en sus celebraciones religiosas y sociales. Quien de verdad quiera conocer esta ciudad debe de empezar por conocer estas procesiones que en su pequeñez esconden su grandeza.

Es hora de ir acabando esta personal visión de nuestra Semana Santa y su entorno. Una vez más me gustaría reivindicar lo interior frente a lo exterior, lo que no significa la defensa de una celebración encorsetada y rígida, frente a una celebración que sea la libre explosión de unos sentimientos que son en realidad el fundamento de la misma. Otra cosa es, que la vida me conduce inexorablemente a una especie de nostalgia sentimental en donde el pasado va adquiriendo cada vez más un peso específico indudable. Hoy por hoy me interesa más esa visión de la Semana Santa que me he ido reconstruyendo en la cabeza que la que puedo admirar por las calles. Llegará un día, sin duda alguna, que mi personal nómina de cofradías se reducirá al mínimo, hasta seguramente casi desaparecer. Será solo entonces cuando mi Semana Santa llegue a su perfección, viviré del recuerdo de las emociones vividas y su fuerza, algo que sin duda alguna me ayudará a seguir viviendo mi vida de una forma más completa.

La Semana Santa que se disfruta en la calle pasará a ser secundaria frente a la que sienta al recorrer durante el resto del año algunos de sus espacios más emblemáticos. Será difícil no obstante que pueda superar el vacío que la ciudad en sí mismo me produzca, aunque espero ahora se abra una nueva etapa donde ocupe un lugar secundario y que ello no me arrastre a una nostalgia inútil e innecesaria. Como dice una antigua canción turca, recuperada por Sezen Aksu: "*Tierna tristeza, momento perdido*". Hoy empieza para mí un nuevo periodo en mi vida donde el valor de lo interno supera a lo externo. La lucha mantenida hasta este preciso instante debería dar paso a una comprensión mucho más profunda de todo lo que me rodea y desde luego más personal.

Sevilla será lo que ella desee ser, o lo que otros con su poder deseen que sea. Hoy más que nunca sí que carece de sentido luchar contra esa verdad, lo triste es que quizás me haya dado cuenta demasiado tarde y en el camino he

dejado demasiado de mí mismo en el empeño, pero todo lo doy por bueno al comprobar que es precisamente la fuerza de los sentimientos que emanan fundamentalmente de nuestra Semana Santa lo que le ha dado sentido a mi vida durante todos estos años. Todos tenemos que aprender que nada es inmutable, pero es duro reconocerlo abiertamente, no obstante confiemos que las Hermandades y Cofradías de esta ciudad tengan la suficiente fuerza para saber estar en el lugar que le corresponde y sepan adaptarse a los nuevos tiempos sin traicionar el legado que en su día le fue conferido. Esperemos que así sea.

*(Conferencia pronunciada
en la Hermandad de Santa Marta
el 13 de marzo de 2009,
tercer viernes de Cuaresma)*